

IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

ESTRATEGIA AL DICTADO

Los modernos Estados dominantes proponen, a veces, caminos a una vana esperanza que basta frecuentemente para contener y dividir al adversario actual o virtual. Un pueblo sin política creíble es siempre presa de los espejismos y las soluciones de facilidad que la propaganda fascista e imperialista suscita. Pero la realidad que corresponde a tales ilusiones y comodidades no existe. El oportunismo es la subordinación y el abandono de posiciones políticas y los principios ideológicos fundamentales y, con el fin o el pretexto de obtener beneficios ilusorios, superficiales, secundarios o “tácticos”. Ninguna ventaja parcial, temporal o formal justifica el abandono de los medios y posiciones estratégicos de que un pueblo dispone. La experiencia histórica demuestra invariablemente que el resultado es la ruina de los unos y de los otros. Sin función ni órgano estratégicos no hay política ni táctica, sólo hay charlatanismo ideológico y descomposición política. Incapaces de afrontar la realidad, los títeres indígenas del imperialismo contribuyen a la difusión de tales ilusiones por todos los medios que los monopolios de propaganda ponen a su disposición, sabedores de que los pueblos que no se enteran del mundo en que viven son presa indefensa de sus predadores.

Países subyugados por el imperialismo, sin capitulación, compromiso o reserva de poder, al término de guerras de conquista y exterminio, ideológica y políticamente subdesarrollados, propenden al oportunismo y la liquidación política por dos vías formalmente distintas, pero básicamente unidas e interactivas, que una parte de su población prefiere siempre a una estrategia real, pero difícil y problemática. La primera busca la solución en el terreno de la confrontación inmediata y directa con la violencia monopolista que es la base política del poder dominante, y lo hace, o pretende hacerlo, por los mismos medios de éste. Lo que, cuando la guerra es imposible, produce una sucesión de atentados, forma infrapolítica de violencia. La segunda forma de reacción invierte los procedimientos. A la violencia pretende sustituir “la inteligencia, la habilidad, la paciencia, la astucia, la perfidia, a la vía directa la indirecta, los rodeos y los atajos, la vía política, institucional, pacífica, realista, posibilista, minimalista, gradualista, reformista, paso a paso, segura, cómoda, provechosa, sin adversarios y sin complicaciones” de la sumisión al poder establecido. Las dos vías propuestas están en realidad más próximas y el paso de una a otra es más fácil y frecuente de lo que se cree o se pretende.

Para mayor seguridad, la propaganda monopolista, transmitida por colaboracionistas y cómplices armados y desarmados, hace creer a las víctimas del imperialismo que una alternativa estratégica es, no sólo sociológica sino lógicamente, una imposibilidad absoluta, un absurdo formal, algo así como el cuarto ángulo de un triángulo. La única estrategia posible contra el imperialismo queda así expresamente excluida por moderados y radicales, que declaran inexistente, insoluble y absurdo todo lo que ellos no entienden, ni quieren entender, ni tienen interés en entender.

El despotismo tradicional impone su ideología y reprime la de sus adversarios. El fascismo y el imperialismo modernos fabrican, sustituyen, incorporan, falsifican, financian y difunden la ideología de la supuesta oposición. Colaboracionistas y cómplices autóctonos mantienen en el subdesarrollo ideológico y la incapacidad política a los pueblos sometidos por la propaganda o la guerra psicológica, el lavado de cerebro y la intoxicación de masas. Adoptan, asimilan, transmiten y difunden las ideas fundamentales de la ideología dominante, haciéndolas más

aptas para burlar la desconfianza natural de sus víctimas hacia la propaganda y los propagandistas oficiales, demasiado evidentes y directos, del fascismo y el imperialismo. Se unen sin reservas a los monopolios de violencia y propaganda para engañar a los pueblos, para liquidar la información, la libre expresión y la comunicación de las ideas, la represión de las libertades de pensamiento y comunicación, conscientes de que la libertad de expresión, información y crítica haría imposible seguir embaucando a las poblaciones indefensas que dicen representar.

Frente al imperialismo y el fascismo, la vía institucional y los atentados no tienen la menor posibilidad de éxito. La vía institucional, que pretende amansar al ocupante mediante la sumisión, la colaboración y la complicidad en sus crímenes, sólo consigue aumentar el desprecio que los aborígenes serviles y corrompidos inspiran al conquistador. Los atentados, cuya propia incapacidad los hace políticamente inofensivos, sólo exasperan la xenofobia y la natural ferocidad del predador.

Un orden político, un Estado criminal establecido y conservado mediante la guerra, la conquista, la ocupación, la colonización, el pillaje y el Terror, que durante años o durante siglos a ejercido y sigue ejerciendo el poder político, económico e ideológico, en plena posesión de los monopolios de violencia, represión y propaganda, que practica el terrorismo mediático como el de las bombas incendiarias contra poblaciones civiles sin defensa, dueño y señor de vidas y haciendas, de fronteras políticas y administrativas, de las relaciones y comunicaciones internacionales, de los movimientos demográficos, de las fuerzas productivas y los flujos económicos, cuyos monopolios someten a deculturación, aculturación, educación y reeducación, censura, lavado de cerebro, intoxicación y adoctrinamiento obligatorio a generaciones enteras desde la primera infancia, no es accesible a la persuasión y el diálogo, no organiza, consiente o padece operaciones “institucionales” susceptibles de derrocarlo y sustituirlo, no se convierte en democrático porque monte “elecciones” para votar donde, cuando, como y lo que él quiere, ni porque autorice a la “oposición” a decir lo que él quiere que se diga, no capitula ante los atentados, por mucho que se les llame lucha armada o guerra revolucionaria con la esperanza de cambiar las cosas cambiando las palabras.

La complementariedad funcional de “moderados y radicales” hace de ellos “rivales” ideales, cada grupo presentándose como remedio a la inepticia del otro. Ambos se producen y reproducen mutuamente, se nutren de la noria genética de movimiento continuo que produce partidarios de “la lucha armada y la guerra revolucionaria” con los desengañados desechos de la vía institucional, y reproduce partidarios de la vía institucional con los desechos desengañados de “la lucha armada y la guerra revolucionaria”. La frustración institucional impulsa los atentados. El fracaso de los atentados devuelve a la vía institucional. Recurrencia asimétrica y mal equilibrada, de evolución inevitable y fatal desenlace. Cretinismo “institucional” e infantilismo “armado” no integran dos términos de una alternativa política, son, por carencia constitutiva, *la misma cosa*.

Toda defensa de derechos fundamentales conculcados implica “legalidad e ilegalidad”, pues la legalidad “pura” y la ilegalidad “pura” bajo el imperialismo y el fascismo son imposibles

en la lucha por la libertad. Sin su integración estratégica, legalidad e ilegalidad no se apoyan sino que se destruyen mutuamente.

Para oponerse a algo hay que comer y, sin un grado obligado de sumisión al orden establecido no se puede ni comer ni vivir ni, por tanto resistir, pues el régimen y su legalidad están hechos para que no se pueda. La resistencia, de hecho o de palabra, afronta la violencia y el Terror monopolistas del Estado dominante, que mata, encarcela, tortura, roba, excluye, persigue y amordaza a quienes se atreven a resistir a sus dictados.

Sin base estratégica, la pretendida oposición se agota, degrada y desintegra, del oportunismo a la inhibición, la sumisión, la colaboración, la complicidad y la traición, en un proceso acelerado e irreversible de liquidación política. El resultado, letal para toda oposición democrática, es una sociedad ideológicamente y psicológicamente enferma y maltrecha. Los pueblos se atacan y se arruinan desde fuera, pero se derrumban y se hunden desde dentro. El colaboracionismo y la complicidad indígenas los debilitan, los humillan y los ponen de rodillas.

“Institucionalismo” y atentados son expresión y consecuencia de la ocupación y el conflicto político, pero también producto y coartada de la incapacidad política, la sumisión, la colaboración y la complicidad estratégicas.

Si no hay base política real, “la vía institucional y la lucha armada” son un absurdo de penosas consecuencias. Si tal base existe, el absurdo es mucho mayor y las consecuencias tanto más lamentables, graves y desastrosas. Ni la “vía institucional” ni los atentados, ni juntos ni separados, tienen entidad para llenar el vacío político frente al fascismo y el imperialismo. Pero su coste añadido es una catástrofe suplementaria que ciega las vías de la conciencia, la acción y la restauración políticas. Son excluyentes de toda alternativa política real al fascismo y el imperialismo.

Con las llamadas “instituciones”, es decir las instituciones que el imperialismo impone, ganan siempre los que construyen y controlan las instituciones, porque los partidos los gana quien impone el campo y los participantes y dicta las reglas del juego. Es necesario vivir en otro planeta para creer que un poder político cuyos monopolios incorporan, representan e imponen los intereses y la supremacía del imperialismo va a exponerlos a “la negociación, el diálogo, el veredicto de las urnas, el imperio de la ley” y otras tonterías en lugar de construir las condiciones políticas e ideológicas que le permitan ganar en todos los terrenos.

Con la moderna “descentralización democrática”, todo lo que estaba *fuera* del control totalitario pasa a estar *dentro* de él. Sucesivas iniciativas, variantes, recursos parlamentarios y extraparlamentarios, gubernamentales y judiciales, locales o continentales, prolongan sin fin el mismo estado de cosas, al que someten a sus administrados y víctimas.

Las instituciones y servicios auxiliares, la autonomía-trampa, proyectada e impuesta como medio de condicionamiento, fijación, contención, represión, desgaste, reducción, manipulación, recuperación y corrupción de las fuerzas populares, son parte activa de la administración colonial del Estado ocupante. Totalmente desprovistos de poder político, estos

órganos administrativos, sucursales locales del único gobierno real, a veces llamados pomposamente “gobiernos” por los poderes que los han creado, hacen suyos la violencia y el terrorismo del Estado al que pertenecen, contra sus propios administrados. La represión de las personas y de las ideas, la administración de la corrupción, son las verdaderas funciones que les han sido asignadas.

Las instituciones administrativas o “autónomas” pueden ser y han sido a veces considerables instrumentos tácticos en la estrategia de los procesos de autodeterminación. La autonomía “permite a una nación mantenida por la violencia en los límites de un Estado dado constituirse definitivamente en cuerpo de nación, reunirse, aprender a conocer y a organizar sus fuerzas, elegir el momento más apropiado para *declarar*” la independencia. Pero *sólamete* donde y cuando, en cuanto y por cuanto, instituciones más o menos democráticas y representativas traducen, repercuten y sirven “la onda viva de la opinión popular, que las baña, las penetra, las dirige”, como “toda la experiencia histórica nos demuestra”. “Asistimos entonces de cuando en cuando a las más divertidas cabriolas de los ‘representantes del pueblo’ que, súbitamente animados de un ‘nuevo espíritu’, hacen oír acentos completamente inesperados”. Sin la resistencia de los pueblos, exorbitante de las instituciones, la oposición y los derechos humanos desaparecen, pues la legalidad y las instituciones son antítesis cerradas de la democracia, la oposición y los derechos humanos.

Los adictos armados y desarmados de la “vía institucional” son parte cada vez más evidente del sistema político e ideológico de violencia, dominación y corrupción. La “vía institucional” conduce rápidamente de la incapacidad y la sumisión a la colaboración, la complicidad y la traición.

Con los atentados, pierden siempre los que con medios derrisorios, suicidarios o de máximo riesgo, cada vez más obsoletos y extemporáneos, pretenden enfrentarse a los monopolios de violencia y terrorismo de masas en su propio terreno, antecámara de las cárceles, los cementerios y los cada vez más precarios exilios. Contra las versiones románticas que otra cosa pretenden, jamás los Estados han cedido el campo político ante los atentados internos o externos. Los atentados no son un problema estratégico, un peligro ni una amenaza para el imperialismo y el nuevo orden o desorden imperial y hegemónico mundial. Los atentados son una falsa oposición o respuesta a la violencia y el terrorismo de Estado. Los grandes Estados, en sus guerras, “imperialistas por ambos lados,” para la distribución o la redistribución de sus zonas de dominación, han soportado *en un solo día* pérdidas militares y civiles incomparablemente mayores que todas juntas las infligidas por los atentados desde que el mundo es mundo, sin renunciar por eso a la agresión, la guerra, la conquista y la anexión. Pero las masas, condicionadas, intoxicadas, aterrorizadas, social y mentalmente alienadas, no temen a la guerra, sino a los atentados.